

cualquier caso, con manos propias ó postizas se esquilmará ó se oprimirá al país. Si hay alguna autoridad que se llame gobierno mexicano, será sólo un maniquí de la Francia y nada más.

La Francia cuidará ante todo de resarcirse de los gastos de su desatentada expedición, de hacerse pagar sus reclamaciones justas é injustas, de saciar la codicia de todos los especuladores que la estimularon á la empresa, de mantener las tropas protectoras y de pagar los treinta dineros de Judas, á los traidores sus axiliarios. Para conservar su presa, tendrá que arreglar con mano franca la deuda extranjera de México, regalando á los acreedores grandes porciones de territorio, ó hipotecando las rentas más pingües.

La cuestión de instituciones, la de administración, son de todo punto secundarias: un régimen como el de la Algeria, sería demasiado favor, y el colmo del beneficio sería admitir á la raza indígena en el ejército, para convertirla en instrumento de opresión. La Francia no sabe administrar lo que ha conquistado en Africa, y año por año, en el mismo cuerpo legislativo y hasta en el Senado, se escuchan estériles lamentaciones sobre el yugo que pesa sobre los hijos del país, sobre las leyes excepcionales, á que se les sujeta, y sobre el estado de atraso en que se les mantiene.

Si esto pasa á tan corta distancia, en México todo sería peor, porque aquí la guía de la administración francesa ó franco-traidora, serían las preocupaciones y los errores que acerca de nuestras cosas se abrigan en Francia y los rencores de la facción retrógrada.

Se prometen por Forey seguridad y garantías para las propiedades; pero esto no es posible cuando los ejércitos franceses están acostumbrados á entrar á saco en las ciudades, y cuando el gobierno del emperador no se ha ruborizado de recibir en audiencia pública, las joyas y los objetos preciosos que uno de sus generales fué á robarse del palacio de Peking.

Se habla de paz y de conciliación, cuando se viene á proteger á la hez de un partido de malhechores y asesinos, y cuando para someter al país habría que seguir en grande la política de Zuloaga y Miramon.

El partido liberal sería diezmado, vejado, escarnecido. En cuanto á la *parte sana*, no creemos que podía darse por satisfecha, cuando en la suerte de Almonte puede ver lo que se espera de desaires y de humillaciones.

La Francia emprende una obra que hor-

roriza por su cinismo y por su iniquidad pero esta obra es imposible, porque aunque la fortuna la favoreciera en diez ó veinte batallas, aunque se apoderara de nuestras ciudades más populosas, dominando en ellas por medio del terror, jamás acabaría de subyugar al país, jamás lograría extinguir el sentimiento de la nacionalidad; tendría que vivir en continua inquietud, en perpétua lucha, y que conquistar palmo á palmo el territorio mexicano. Esta empresa alarmaría al mundo, indignaría á la América y agotaría las fuerzas todas del imperio francés, donde el déficit crece todos los días.

La intervención, el protectorado, la conquista, son una misma cosa. La intervención amistosa es una expresión engañadora en que hay términos que se excluyen.

México está en el caso de posponer toda consideración á la salvación de su honor. La guerra intrasigible y sin tregua, es su primera necesidad, y su honra y su propia conservación reclaman que al propio tiempo que luche con el invasor, extermine en su seno á los traidores.

Antes perecer entre ruinas y escombros, que aceptar la intervención francesa, aunque se diga benévola y amistosa. Tal es el voto del pueblo mexicano, que quiere morir dignamente, ó salvar su independencia y su honra, sus instituciones y su decoro.

FRANCISCO ZARCO.

CARTAS Á M. FOREY, SENADOR, GENERAL DE DIVISION, COMANDANTE EN JEFE DEL CUERPO EXPEDICIONARIO FRANCÉS EN MÉXICO, POR EL C. E. LEFEVRE.

Carta primera, traducida por F. Bárcena.

*La guerra emprendida contra México es contraria á los verdaderos intereses de la Francia.*

Señor general:

Sin duda que vd. no ha dejado de leer ó cuando ménos de oír hablar, de las cartas publicadas en Inglaterra de 1769 á 1772, contra el ministerio de Lord North y bajo el seudónimo de Junius. Muy feliz ha sido la idea de valerse del estilo epistolar para hablar de los negocios públicos; es el modo más seguro de decir mucho en

pocas palabras. Supuesto, pues, que, gracias á los principios proclamados en 89 en Francia, principios reconocidos y aceptados hasta por el jefe del imperio, todos tenemos derecho de dar nuestra opinión sobre unos asuntos cuyo solo nombre indica que conciernen al interés común; me tomaré la libertad de servirme del estilo epistolar para hablar á vd. de este desgraciado país, á donde ha venido, permítame que se lo diga, un poco á ciegas, y con el objeto ostensible de vengar un desastre que jamás habria tenido lugar si, contentándose con proteger, como lo debía, los intereses de nuestros compatriotas, el gobierno francés, olvidadizo al mismo tiempo de su origen y de los pretextos invocados en 1814 y 1815 por la sacra alianza para derrocar al jefe de la dinastía actual, no hubiera inconsideradamente y con demasiada complacencia, dado oídos á las relaciones de ciertos individuos interesados en engañarle.

Yo espero probar á vd. que una guerra emprendida tan lejos de nuestra patria, y sobre todo por motivos tan fútiles, no es solamente contraria, sino lo que es más, perjudicial á los verdaderos intereses de la civilización y aun de la Francia; y si consigo demostrar esta verdad de una manera tan clara como la concibo, me consideraré feliz con el éxito, y esperaré sin temor el porvenir que me prepare mi oposición razonada á los designios, que parece haber concebido el jefe del gobierno actual de nuestro país.

Los reyes, señor general, las aristocracias, los intereses de los privilegiados y el derecho del cañon, han promulgado solos hasta nuestros días la carta política del mundo. Así, pues, el mundo no ha conocido todavía más que un órdén arbitrario, falso, opuesto á las tendencias neutrales de las poblaciones; órdén por consiguiente violento, é inestable también por consiguiente.

Un órdén establecido así por el juego de las ambiciones feudales y monárquicas, que oprime las simpatías más santas, las más profundamente arraigadas en los pueblos, es sin cesar minada por la conjuración de las fuerzas vivas sobre que pasa.

Es el estado de guerra permanente, guerra latente ó patente, pero siempre guerra: es decir, el *desórden* sirviendo de base á un órdén arbitrario.

Sin embargo, á despecho de las luces de que se precia nuestro siglo, yo no comprendo mucho por qué en el apogeo del Siglo XIX, ese desórden es lo que los reacciona-

rios de todos los colores y de todos los países, no temen presentarnos todos los días como el *non plus ultra* del órdén. En fin, sentado que la paz es el estado normal de las naciones, supuesto que no es sino á su sombra donde se elaboran las mejoras sociales, y donde se perfeccionan las artes y las industrias, se descubre en el último resultado, que desde el movimiento iniciado por las Comunas del siglo XII, en favor de la libertad, las desavenencias de los reyes, ya entre sí ó ya con sus pueblos, y la intolerancia religiosa, hija de la ignorancia y de los falsos dioses, han costado á la humanidad cuatro años de miserias, por un solo de calma y de tranquilidad.

¡Cuántos años de miseria por uno solo de calma y de tranquilidad! Séanos permitido preguntar, señor general: ¿hasta cuándo dejarán los pueblos de ir en masas compactas á hacerse matar por unos intereses que no son los suyos, y que lejos de ser un elemento de felicidad para sus descendientes, viene á ser al contrario una fuente de desolación para su país?

Un soberano, por ejemplo, cree necesario á lo que él mira como un interés para su dinastía, llevar la guerra á tal país, ó á tal otro más ó ménos lejano: hijos del pueblo, marchad secundad su locura, prodigad vuestra sangre, vuestro oro, os han gritado al oído esas palabras mágicas entre nosotros; ¡gloria, victoria! y sin preguntarnos siquiera los motivos de una guerra, cuyos móviles pueden ser injustos, avanzaréis, arrollando como un torrente las muchedumbres, sembrando por todas partes el espanto, la ruina y la miseria; ¿y por qué?.....

¿Qué os han hecho las poblaciones sobre las cuáles os desplomáis así?

Lo que os han hecho lo ignoráis; no lo sabréis nunca, ni siquiera lo investigáis; las llamáis enemigas porque hablan distinto idioma del vuestro; porque sus vestidos no son ni de un mismo color, ni cortados como los vuestros: hé aquí vuestra única razón para tratarlos así.

Si vd. las conociera, si en lugar de interponer para ellas la distancia del tiro de un fusil ó de un cañon, fuese con la oliva de la paz en la mano á decirles con ese lenguaje del corazón, lenguaje que comprenden todas las naciones: "Todos somos hijos de un mismo Dios, un mismo sol nos alumbró y nos vivifica; seamos hermanos; però no á la manera de Cain, como hasta aquí lo hemos sido. No nos matemos; amémonos, y ayudémonos; establezcamos entre nosotros los elementos de una solida-



ridad perpétua, y no empapemos ya nuestras manos en la sangre de unos y otros. ¿Cree vd., señor general, que las cosas no irían mejor?

Pero vd. es soldado, y sin pensar en los intereses de la Francia, que le paga para que vele por su salvación, y no para que sea maniquí de otro hombre, cuyos intereses pueden estar de desacuerdo con los de su país; vd. me respondería que no tenía que ocuparse ni de la injusticia, ni de la legitimidad de la guerra que le han encomendado, y en todo no hacía más que obedecer las órdenes que le han sido dadas.

¡Obedeced! señor general! Sin entrar aquí en detalles de los asesinatos aislados ó cometidos en *coupe réglé*, en nombre de esa palabra antisocial, con ella, y vd. no lo ignora, fué cargada la pistola que hizo morir al infortunado Dulong. Por otra parte, al exigir un juramento á aquellos que son llamados á desempeñar ciertas funciones, el legislador *ipso facto* ha rendido homenajes á los verdaderos principios, y ha reconocido quizá mal de su grado, que ellos eran libres para prestarlo ó no prestarlo, casi he dicho para retirarse de él en ciertos casos, despues de haberlo prestado. Si fue necesario demostrárselo á vd. yo tomaría por mi cuenta el empeño de probar en pocas palabras, que vd. no debe obediencia más que á la patria, y no á un hombre, quien quiera que sea, rey ó emperador, cuya sabiduría está sujeta á errar únicamente porque es hombre, y cuyos intereses, como he asentado más arriba, pueden estar en oposicion directa con los verdaderos intereses de esa misma patria.

En efecto, si la obediencia fuera un deber estricto á tal extremo, que el ejército, incluyendo desde el simple recluta hasta el general en jefe, se viese obligado á ejecutar pasivamente todas las órdenes que recibe, sin que jamás le fuera permitido escudriñar las intenciones de aquel que las dá, resultaría que en 1792 (29 de Agosto) cuando el general Lafayette, traicionando á la Francia por guardar fidelidad á Luis XVI, atravesó la frontera seguido de los generales Lameth, Lanone, Victor, Latour, Monbourg, Lacombe, Gouvion, Bureau de Puzy, y algunos otros que es inútil citar, la asamblea nacional legislativa hubiera debido hacer diezmar inmediatamente al ejército que Lafayette mandaba, por haberse rehusado tres días á renovar en sus manos el juramento del 14 de Julio (1) y haber respondido á los gritos de vi-

(1) Fidelidad á la ley, á la nacion y al rey.

va el rey! gritos arrojados por el Estado mayor del general, con los de ¡Viva la nacion! ¡Vivan los diputados de la Asamblea nacional!

En 1793 el 4 de Abril, cuando el general Dumouriez, despues de haber entregado á los austriacos á los comisionados de la convencion (2) abandonó su cuartel general establecido en los baños de Saint-Amand, y se refugió á las avanzadas del enemigo en compañía del duque de Chartres, despues rey de los franceses bajo el nombre de Luis Felipe, y en compañía tambien del general Valence; la convencion en nombre del principio absurdo de la obediencia pasiva, invocado despues con tanta frecuencia, hubiera debido diezmar el ejército que Dumouriez mandaba, porque enérgicamente se habia rehusado á secundar los proyectos liberticidas de su jefe.

En fin, en 1815 el 14 de Junio, cuando el general Bourmont, acompañado de los generales Clouet y Villoutreys, cuatro días ántes de la funesta jorrada de Waterloo, abandonó su puesto para parsarse á los prusianos; el emperador hubiera debido diezmar inmediatamente las fuerzas que militaban bajo las órdenes de aquel miserable, para castigarlas por no haber imitado la traicion de su jefe, por no haber tornado contra la patria unas armas que se les habian confiado para defenderla.

Que en buena hora los que tienen interés en mantener ese dogma absurdo de la obediencia pasiva, pretendan abrigar el secreto de su conducta tras de sofismas mejor ó peor disimulados; no es, sin embargo, ménos cierto que la Francia ha debido por dos veces su salvación á la insubordinacion santa de los ejércitos, que se resistieron á seguir á sus jefes en el camino de la traicion, y que la convencion nacional, al declarar que el ejército de Dumouriez habia merecido bien de la patria, ha proclamado con este solo hecho el principio de la responsabilidad, y ha cubierto de oprobio la inmoralidad de una doctrina inventada por la tiranía y sostenida en nuestro tiempo solo para el mayor provecho de los fautores de golpes de Estado y sus cómplices. Confesaremos que un general puede en ciertos casos que la moral reprueba escudarse con las órdenes que ha recibido de su gobierno, pero no puede nunca justificarse á los ojos de su propia conciencia.

Dejemos, pues, á los charlatanes de honor y de patriotismo esas palabras que ja-

(2) Camus Quinette, Lamarque, Bancal y el ministro de la guerra Beurnonville.

más han probado nada; examinemos la cuestion á sangre fria, como conviene á hombres que quieren instruirse mutuamente; y supuesto que el mismo gobierno francés, descuidando explicarse de una manera categórica sobre las intenciones que le animan, ha dado márgen á las interpretaciones; véamos si podemos descubrir un motivo, no diré valedero, plausible siquiera para justificar ese inmenso despliegue de fuerzas contra México.

El único modo de *explicar*, y fije vd. su atencion en que no digo *justificar*, una guerra tan injusta por sí misma, seria poder disfrazar los motivos secretos que han dado lugar á ella, escudándolos con los intereses generales de nuestra patria. Para esto seria necesario tomar atrevidamente la parte por el todo; confundir, cosa que es insostenible, los intereses de algunos individuos aislados con los de la gran masa de nuestros conciudadanos; en una palabra, poder cambiar absolutamente las cosas, y debo confesarlo, los inmensos esfuerzos oratorios de Mr. Billaud no han llegado todavía á tal extremo. Desde luego, sin faltar al respeto debido á la palabra de este ministro, órgano del gobierno francés, séame permitido distinguir á mi vez entre esos intereses diversos, y si á vd. no le parece mal, voy á hacer uso inmediatamente de mi derecho.

La poblacion francesa que habita en la República mexicana, aun comprendiendo en ella al suizo Jecker, naturalizado á últimas fechas, porque así lo necesitaba su reclamacion, como si el resultado de esa naturalizacion interesada pudiera más ó ménos comprometer la accion de la Francia, con respecto á un contrato leonino estipulado hace más de tres años; la poblacion francesa, repito, se divide sobre la cuestion actual en cuatro categorías opuestas, como unos ángulos, por el vertice, y que importa mucho no confundir.

La primera se compone de aquellos que tienen, ó simplemente creen tener, un interés cualquiera en la intervencion: esta categoría es poco numerosa. Sus intereses son preciosos, soy el primero en convenir en ello; pero por respetables que sean, yo no veo de qué manera ó por qué las especulaciones usurarias de Mr. Jecker pueden afectar á los intereses generales de nuestro país.

La segunda comprende aquellos que tienen, ó á lo ménos creen tener intereses contrarios á las consecuencias probables de la intervencion. Esta categoría es tambien poco numerosa; pero la Francia tam-

poco tiene en lo más mínimo que ver con sus intereses.

La tercera, y con nucho la más numerosa, se compone de aquellos que no han estudiado la historia de nuestro país, mas que en los sainetes de Mr. Scribe ó en las novelas reputadas históricas de Mr. Alejandro Dumas. En esas obras ellos han visto que *gloire* aconsonantaba con *victoire* francés con *succés* y de esta observacion han sacado el motivo de su admiracion á pesar de todo, por los hechos y fazañas de todos aquellos que portan espuela en la bota ó un espadon pendiente de su cinto. Toda la ambicion de estos, muy inocente por cierto á primera vista, se reduce á ver ondear el turbante de los suavos en la calle de Plateros, y por legítima que pueda parecer una vanidad semejante, yo no veo todavía motivos suficientes para comprometer á la Francia á que prodigue tanto oro y tanta sangre á fin de procurarse esta dulce satisfaccion.

La cuarta categoría, por fin, á la que me honro de pertenecer, abraza á aquellos que no tienen intereses directos ó indirectos, en pró ó en contra de la intervencion, y que no consideran la accion de la Francia sino en el punto de vista de las tradiciones políticas y de la mision confiada por la Providencia misma á nuestra patria, á nuestra noble patria.

Para los individuos de esta categoría es claro, es positivo, está matemáticamente demostrado, que mientras la ciencia no haya acabado con las aristocracias de todos los colores, acostumbradas desde la infancia del mundo á vivir con la quinta esencia de la sustancia de los púeblos, á quienes han encerrado como rebaños de ovejas dentro de límites facticios, la Francia, centinela avanzada de la civilizacion, ha de tener por mision traducir en hechos las tendencias de la humanidad entera hácia un porvenir mejor, despejar la incógnita oculta bajo los ambages de cada problema nuevo, y presentar á aquellos que la consultaren el resultado de una experiencia adquirida á costa de lo más precioso de su sangre. Los déspotas lo saben, y esta es la razon por qué á la voz de la Inglaterra, cuya orgullosa aristocracia se veía amenazada por el torrente de las ideas del siglo, los soberanos de la Europa absolutista se han coligado seis veces en veinticinco años contra nosotros, y seis veces tambien ha reunido sus esclavos para aplastar esta revolucion, hija legítima de la filosofía del siglo XVIII, cuyo



asiento, ellos lo saben muy bien, está, y no puede estar más que en París.

Si por fortuna la Prusia y el Austria no se disputasen, con más locura que razón, un fantasma de preponderancia en Alemania; si la Rusia no estuviese en desacuerdo con la Prusia en la cuestión de Schleswig; si la Inglaterra pudiese discernir un instante las intenciones secretas de la Rusia, y cerrar los ojos en cuanto á las intrigas de los agentes de ésta en Prusia, en Constantinopla, en Dalmacia y en las provincias del Danubio; si el Austria, en fin, amenazada á la vez en Italia, en Bohemia y en Hungría, no tuviera necesidad de todas sus fuerzas para mantener bajo el yugo á su provincias, no hay duda que un millón de soldados extranjeros estaría ahora sobre el Rhin, en los Alpes y en los Pirineos; los Kalmukos devastarían la Alsacia; los Croatas asolarían la Provenza y el Delfinado; los de Pomerasia incendiarían nuestras fábricas de Flandes, y las guerrillas de O'Donnell infestarían el mediodía de la Francia.

Tal es la fatal perspectiva que nos dejan entrever en lo pasado, la intervención de la Rusia en Hungría, para mantener á los magyares bajo el yugo embrutecedor del Austria; y en un porvenir más ó menos distante, la reunión infalible de los soberanos absolutistas.

Las querellas que dividen hoy á los reyes son, en efecto, de tal manera fútiles; todas las cuestiones de Schleswig, de la Dieta alemana, de la cesión del Cattaro son de tal suerte secundarias en presencia de la expansión del principio democrático, que es imposible contar por largo tiempo con una desavenencia seria entre los gabinetes europeos.

Ahora bien: la solución de todas las dificultades accesorias que se han suscitado, ya por las añejas pretensiones de algunos gobiernos, ya también por las mascaradas constitucionales de ciertos reyes, conduce inevitablemente á la reconstitución de una Santa alianza con las mismas bases que en 1815; pero ahora sí, con el proyecto paladino de hacer, si es posible, desaparecer definitivamente á la Francia del mapa de las naciones.

La invasión de la Francia es, pues, un hecho inminente, próximo, inevitable: y esta invasión apoyada en el interior por las facciones reaccionarias, saldría infaliblemente victoriosa, si la Francia no tuviera por auxiliar la fermentación del espíritu revolucionario diseminado en toda la Europa.

En tal situación, y vd. tendrá que convenir en esto, señor general, la Francia necesita de todas las fuerzas de que puede disponer para oponerse al mismo tiempo á sus dos implacables enemigas, la Inglaterra y la Coalición. A la Inglaterra sobre todo, porque á mi juicio, la Coalición solo viene en segunda línea.

En efecto: desde aquel día en que la Francia enclavada en el Gólgota de Waterloo, fué condenada por los reyes á sufrir la pena de su generosa iniciativa, la fatal preponderancia de la Gran Bretaña ha ido siempre en aumento en razón de nuestras propias desgracias. En este momento ella aprieta entre sus brazos gigantes el comercio de todo el mundo, y para mantener sus ventajas en los puntos más retirados del globo, ella posee una flota por lo ménos una tercera parte más numerosa que la de que nosotros apenas podemos disponer.

Y por cierto que no creo esa flota invencible! ¡léjos de mí esa idea! Pienso al contrario, que la Inglaterra misma, exhausta por los esfuerzos que ha hecho para derrocar al coloso del primer imperio, no es hoy más que la sombra de lo que era en 1815; pero pienso también, que para sostener convenientemente una lucha contra los restos de una potencia tan temible, nosotros no debemos despreciar precaución ninguna, y que nos importa sobre todo saber escoger nuestra hora y el lugar del combate.

La desavenencia comprometida con ocasión de Constantinopla, entre esa potencia y la Rusia, habría podido restablecer el equilibrio entre nuestras fuerzas marítimas y la de nuestra enemiga secular; y si el gobierno no se hubiera preocupado más que de los verdaderos intereses de nuestro país, no habría perdido esta ocasión única de restablecer la preponderancia de la Francia, dejando al leopardo de la Gran Bretaña y al oso del Norte desgarrarse mutuamente, pero seducido por la quimérica esperanza de responder á los tratados de Viena, que pronunciaron en 1815 la caída del primero de los Bonapartes, con otro tratado firmado en París en 1855, bajo los auspicios del tercero, él hizo como el perro de la fábula, dejó escapar la presa por correr tras de su sombra; y á causa de su impolítica alianza con la Inglaterra, perdió la ocasión de ver como ántes las bocas de fuego de Kronstadt, y se sumergía cuando ménos la mitad de la inmensa flota del Reino Unido. Hoy la flota está íntegra todavía, gracias, por supuesto, á la

impericia del gobierno francés; y cuando suene la hora de la lucha, tendremos que combatir con fuerzas desiguales, con un enemigo que á la vez habrá de sostener su antigua preponderancia, y hallará la coyuntura para vengar la humillación de un socorro que la ha salvado de su ruina.

Solo los cobardes ó los locos creen evitar el peligro cerrando los ojos ó apartando el rostro. Un hombre fuerte se pone frente á frente del peligro con sangre fría y sin jactancia, porque él está sin temor, sabe afrontarlo, escogiendo la hora y el terreno que más le convienen. Veamos, pues, con qué condiciones el gobierno puede esperar el restablecimiento del equilibrio entre nuestra marina y la de la Gran Bretaña, y si las necesidades de la guerra de que vd. está encargado, no deberán cambiar en nada con este plan de campaña.

He dicho en primer lugar, que la Francia debía elegir su hora. Añadiré en seguida, para completar mi pensamiento, que esta hora ha de llegar lógicamente, cuando suene en el cuadrante de los siglos la hora en que despertarán las nacionalidades adormidas: porque es evidente, que la reacción, especialmente despues del golpe de Estado del 2 de Diciembre, ensanchó por todas partes sus filas y engrosó sus batallones; no es por esto ménos cierto que ella alista sin notarlo á la juventud educada en un santo temor de Tartuffe y del marqués de Carabas, y la insurrección del ejército de Baden en 1848, unida á la deserción patriótica de los regimientos húngaros al servicio de Austria en 1849, indican con bastante claridad bajo cuáles banderas milita el ascendiente moral, despues de la revolución francesa. Nos queda, pues, por prever, el terreno de la lucha, y ésta tendrá lugar en el seno del Mediterráneo, punto central de unión de las diferentes partes del antiguo mundo.

Entonces, en efecto, si la acción de la Francia no se encuentra embarazada por las consecuencias de una política falta de prevision—y exceptuando nuestra colonia de Argel, no poseemos más allá de los mares, una sola pulgada de tierra, no diré que valga la pena, sino lo que es más, que sea posible defender—nosotros no tendremos que mantener sino tres escuadras: la primera en el Atlántico, la segunda en el Océano Índico, y la tercera en el Pacífico, para inquietar por todas partes al comercio de la Inglaterra, y estrechar á nuestra enemiga á que conserve en esos mares poderosas escuadras: y libres ya en nuestros

movimientos, podremos reunir en nuestras aguas una flota más poderosa todavía que la de Inglaterra, vencerla y llevar á nuestra vez por todo el mundo la bandera de la Francia, su idioma y las ideas de libertad, flores entreabiertas al rayo de un triple sol: 89, 1830 y 1848!

Si al contrario, nos obstinamos en perseguir en México la realización de ciertas ideas que no pertenecen, es preciso convenir en ello, que no pertenecen, digo, á nuestras costumbres ni al siglo en que vivimos, sin hablar las dificultades inherentes á una empresa semejante, en un país en donde á menudo se vé uno precisado á recorrer treinta, cuarenta y hasta cincuenta leguas sin encontrar una sola habitación, y en que los mexicanos con solo retirarse á sus barrancas, inaccesibles para los carros, estarían siempre seguros de escaparse de la persecución de las fuerzas enviadas contra ellos; será necesario, en caso de lucha con la Inglaterra, resolverse á abandonar á su desgraciada suerte á las fuerzas que se encontrasen empeñadas en acción tan léjos de la madre patria, ó consentir en que se cambie el lugar del combate y aceptar la batalla en las aguas mismas de México.

Abandonar el ejército despues de haberlo comprometido por unos intereses que no están siquiera bien definidos, en una guerra contra la cual protestan todos los espíritus verdaderamente patrióticos, libres é independientes de la Francia, sería una villanía contra la cual la Francia entera tendría derecho de sublevarse y, no lo dude vd., aquellos que están más opuestos á esta guerra, porque no comprenden los motivos que la mueven, serían también los primeros en combatir la infamia de semejante procedimiento. Sería necesario, pues, resolverse á cambiar el terreno de la lucha; y en lugar de las ventajas naturales que nos ofrece el Mediterráneo, gracias á la proximidad de nuestros puertos, nosotros tendremos que aceptar á dos mil leguas de la patria el combate, á pesar de la desproporción numérica de nuestras fuerzas, y en una situación en que, caso de revés, no tendremos siquiera un refugio donde repararlas como es debido, y donde disponeremos á tentar de nuevo la fortuna de la guerra.

Yo se lo digo á vd. con toda sinceridad, no por un estéril espíritu de oposición, sino porque esto es cierto, materialmente cierto; la guerra actual no es solamente injusta, sino que además está, y acabo de probárselo á vd., está, repito, en oposición